

Salió éste con el corazón hecho pedazos, pero iluminada el alma con la remota claridad de una dulce esperanza. Al salir de aquélla casa, tal vez para siempre, pudo oír el desgarrador y congojoso llanto de Margarita.

En ese momento entró Elena en la sala. Margarita corrió á su encuentro, y las hermanas se abrazaron.

—¡Todo lo he oído!—exclamó la ciega. —Has hecho muy bien: lo que tu piensas... pienso yo!... Comprendo tu sacrificio... ¡Perdóname, Margarita, perdóname!

La joven apartó los brazos que la sujetaban, y secándose los ojos, se dirigió al escritorio, y muy de prisa, con ansia febril, pero con el pulso firme y resuelto, escribió larguísima carta, en cuya cubierta puso:

Al R. P.

P. Anticelli, S. J.

Iglesia de Santa Marta,

Pluviosilla.



LXXXVII

La escena fué larga y enojosa. Oyó don Juan á Alfonso, y dijo con ruda franqueza:

—Siempre creí que esa familia... fuera para nosotros causa de muy graves disgustos. Yo, Alfonso, entiéndelo, ni quito ni pongo rey... ¡Allá se las avengan! Algo así me esperaba yo, aunque no creí nunca que las cosas llegasen á tal punto; ¡Parece que la familia de mi hermano Ramón está destinada á ser nuestra mala sombra!

—¡Preocupación tuya, papá!

—No, Alfonso; no es preocupación mía.

—Tiene razón tu padre, Alfonso. ¡Buenos ratos le dió tu tío! Y cuenta que Juan hizo por él cuanto pudo... Prueba de ello

es la liquidación que acaba de hacer con Lola... ¡Y qué trabajo no ha costado el arreglo de la tal liquidación!

—Bien, mamá;—replicó el joven,—pero ahora no se trata de eso... se trata de que mi hermano se ha conducido mal; de que ha abusado de la confianza nuestra, y de la confianza de mi tía y de mis primos; de que ha robado el honor á una pobre muchacha, prima suya, buena y digna de mejor suerte!

—¿Buena, dices? ¡Los resultados lo comprueban!

—De cualquiera manera, mamá...—repuso Alfonso respetuosamente,—Juan no es inocente. ¿Quién tuvo razón; antes de ahora, para hablar mal de Elena? ¡Bastante tenía la infeliz con su ceguera!

El banquero, repantigado en su asiento, fumando un habano, seguía atentamente la conversación.

—Confieso que Juan ha debido portarse de otro modo. ¿Pero quién nos asegura que el muchacho, cuya cabeza de chorlito es mi eterna pesadilla, no haya sido víctima de un plan bien fraguado, y que no haya caído en un lazo?

—Mamá... ¡por Dios!

—Desengáñate: el P. Grossi, que no sólo es un sabio y un santo, sino también un hombre de mundo...

—Y cuyo influjo puede ser fatal en es-

ta casa...—interrumpió diciendo Alfonso.

—¡Por lo contrario, Alfonso! Me parece benéfico, muy benéfico, muy benéfico!... Ustedes, tú, y tu hermano, no lo quieren, porque no les gusta nada que huelva á iglesia. ¡Consecuencia de las ideas que trajeron de Suiza! ¡No sé yo cómo educan en esos colegios tan afamados! El P. Grossi me lo anunció un día. Me dijo que estuviese yo alerta. Me parece que estoy oyendo sus palabras... "Mi señora: cuide usted de esos muchachos... porque me parece que las primitas los quieren atrapar!... Y después me dijo, lo que ya sabía yo, que los enlaces entre parientes no son buenos; que traen mil... (no recuerdo qué palabra usó) mil... perturbaciones, físicas y morales; que por eso han degenerado muchas dinastías; y me dijo que si yo no creía en eso, que lo consultara yo con el Dr. Mendizábal, ó con el Dr. Lavista; que por ese motivo la Iglesia, en su portentosa sabiduría, es tan discreta en ese punto; que la Ciencia ha venido á darle la razón á la Iglesia. Sí, sí, ¿quién es responsable de que Juan no haya caído en un lazo, hábilmente tendido?

—¿Qué motivos tiene usted para pensar así?—preguntó Alfonso contrariado, y más que contrariado, afligido.

—No los tengo... pero, ya me conoces, peco de maliciosa.

—Lo cual puede extraviar á cada rato el recto criterio de usted!

—Dí lo que gustes... pero yo no olvido nunca aquello de... piensa mal y acertarás... ¿No eres novio de Margarita?

—Sí....

—¡Pues ya lo ves!... ¡Qué casualidad que las dos hermanas se hayan enamorado de los dos hermanos!

—¡Mamá!

—Cuando el dinero no abunda, hijo mío...

—¡Maldito dinero!

—¿Qué sirve para todo...

—Hasta para que Juan cometa infamias... y llegue á París... no con una princesa rusa, sino con una princesa azteca.

—¡Ello es que sirve!

—¡Hasta para darlo á puñados al P. Grossi!

Y volviéndose á don Juan, díjole:

—Papá: ¿cree usted que mi hermano ha procedido bien?

—No.

—¿Cree usted que debe volver, y volver pronto, á reparar esa falta?...

—Sí; pero... si conviene!...

—¡Pues no ha de convenir!

—¡Ya has oído á tu mamá!

—Sí; tengo la creencia de que, desde que llegaron á Méjico, se dijeron: ¡A

casar á Margarita y á Elena con Alfonso y con Juan!"

—Mamá... ¡Margarita vale mucho!

—No lo dudo....

—¡Es un ángel!

—Que se quiere casar contigo.

—¡Ah! Mamá... ¡si usted supiera!

—Cuéntame eso que quieres que yo sepa.

—Que Margarita con una energía y con una dignidad sublimes... hoy, hace unas cuantas horas, ha rehusado mi mano.

—Procedió cuerdamente... porque ni tu padre ni yo aprobaríamos tal casamiento... ¿no es cierto, Juan?

El banquero alzó los hombros desdeñosamente.

—Sepa usted, mamá, que si Margarita aceptara mi mano, nada me detendría... ¡nada!

—¡Eres dueño de hacer lo que te plazca...! Pero no contarías con tu padre, ni conmigo.... Ya lo he dicho: no aprobaré jamás enlaces entre parientes!... Tú, Alfonso mío... tienes mejor destino!...

Alfonso volvió los ojos hacia su padre que permanecía inmóvil.

—¡Bien!... No insisto. Margarita rehusa mi mano con motivo de la infamia de Juan... Si éste cumpliera como caballero... acaso Margarita se rendiría á mis súplicas... ¡Papá!—dijo el joven en to-

no solemne.—¿No se cree usted obligado, en conciencia, á llamar á Juan para que se case con Elena?

Tardó en responder.... Lanzó por fin una bocanada de humo, y dijo secamente:

—No.

—Esa familia tiene razón; esa familia.... Dígame usted: si Pablo hubiese seducido á mi hermana María... (el ejemplo es horrible, no es verdad?) qué harían ustedes?

Ninguno contestó.

—¡Favor de responder, papá!...

—¡Mamá... responda usted!

Alfonso, abatido, sentóse impaciente en un sillón. Estaba pálido, y sus ojos brillaban como los de un loco....

—¡No sé lo que haría!—respondió fríamente el capitalista,—¡No me había ocurrido semejante cosa! Un matrimonio dura toda la vida...

Entonces habló doña Carmen:

—¡Por María! ¡Por ella me opongo y me opondré siempre á ese casamiento. No quiero que esa niña inocente sepa lo que no debe saber... Nuestra tolerancia importaría un mal ejemplo que mi conciencia me impide dar. Juan... No permítas que mi hijo regrese... ¡Qué se quede en Europa! Me es penoso vivir lejos de él... pero estoy dispuesta á ese sacrificio!

—No volverá,—dijo secamente el banquero.—¡Cómo que para salvarle le hice marchar á Francia!

Quedóse Alfonso atónito: no sé que muy negro, algo muy tenebroso, bajó de su cabeza hasta su corazón, haciéndosele pedazos; algo que lastimaba en aquella alma sensible y delicada los más puros afectos: cierto desprecio por sus padres.

—Te autorizo... para que digas á tu tía... —terminó diciendo el banquero, tras breve pausa,—que lo sé todo: que no soy, como pudiera suponerlo un descastado; que señalo á Elena una pensión vitalicia...

Sintióse Alfonso abochornado, y pensó: “¿Y por qué no señalar otra pensión á Conchita Mijares?” Iba á decirlo, pero el respeto filial le hizo callar humildemente. Levantóse, se despidió, besó en la frente á sus padres, y bajó á su departamento.





LXXXVIII

Cuando Alfonso subía la escalera, el camarero que le esperaba allí se apresuró á encender los focos de la habitación. Entró el mancebo, y el criado se acercó para ayudarle á desvestirse.

—¿Qué hora es?—preguntó el joven.

—Las doce,—le contestó el mozo.

—Toma...—dijo en voz baja Alfonso, entregándole sombrero, guantes y sobre todo.—Y... vete!

El criado dejó á un lado, en el divancillo, cuanto había recibido; encendió la bujía de la mesa de noche; mulló los almohadones; arregló el edredón, sobre el cual se desbordaba el embozo de una sábana riquísima; puso en la cama la camisa de dormir, é iba á retirarse, cuando le ocurrió,

atendiendo al mal humor de su amo, que debía insistir en que éste aceptara su auxilio para desvestirse. Acercóse el camarero, pero Alfonso, al verle cerca, despidióle bruscamente, repitiendo:

—¡Vete! ¡Vete!... Despiértame á las nueve.

Inclinóse respetuoso el camarero, y se fué.

—¡No apagues!—gritóle el joven, á tiempo que se extinguían los focos eléctricos, dejando ver, por un instante, el rojo efímero de su alambre incandescente.

Regresó el criado.

—Decía usted....

—¡Que no apagaras!

Salió el camarero, y los focos volvieron á encenderse.

Quitóse Juan la americana, el chaleco, la corbata y los puños, púsose el batín, y echóse á pasear á lo largo de las habitaciones, desde las alcobas hasta el saloncito. Ardíale la cabeza, y en su cerebro mil y mil pensamientos se agitaban y revolvían en formidables luchas. No se daba cuenta de lo que pensaba, ni de lo que deseaba pensar. La voluntad parecía como aniquilada en él. Nervioso, inquieto, febril, iba y venía, sin detenerse para nada, sin que pudiera serenarse, sin conseguir calma para su espíritu conturbado y dolorido. Deseaba silencio, y el ruido de los carruajes

que pasaban le causaba impaciencia. A veces era el de un coche de sitio cuyos vidrios retemblaban horrorosamente; otras el solemne, uniforme y sordo de un tren rico, tirado por soberbio tronco, cuyas fuertes, poderosas pisadas, resonaban á compás en la calle solitaria. El reloj de "La Esmeralda" dió las doce... Otros relojes públicos las dieron también. Por fin hubo silencio... que pronto fué turbado por el vocear de un vendedor que pregonaaba las últimas castañas... Impaciente y contrariado, detúvose Alfonso en el saloncito, encendió un cigarrillo, y se sentó en el sofá. ¡Cómo le entristeció el suntuoso aspecto de aquella estancia, que iluminada por varios focos, velados por una pantalla de seda parecía de marfil! ¡Cómo se le vino á la memoria la esbelta y prócer figura de Margot, aquella mañana en que vino con Elena á visitar aquel departamento! "Aquí estuvo sentada,—se decía Alfonso,—aquí posó sus plantas encantada del gusto y de la elegante disposición del saloncillo y del gabinete!" Entonces todo sonreía, todo era amable, como el cielo de Niza en una mañana de primavera... ¡Cuán pronto se mudan las cosas! ¡Qué rápidamente se van los buenos y hermosos días, y qué pronto llegan las horas tristes y las tardes nubladas! Pero él... nunca había sufrido tanto, ni se había sentido atormentado por

una pena tan honda! Bien recordaba él aquella tarde, cuando en Niza, viniendo en un faeton, de vuelta del Paseo de los Ingleses, supo de labios del Barón de Kamienski (aquel pianista polonés, tan hábil y tan listo, y que tocaba tan lindas mazurcas), el casamiento de Ruth con el inglésito... Y... ¡ciertamente que sintió como si le hubieran clavado un dardo en mitad del pecho!; pero aquello... era otra cosa muy distinta de ésta.... Aquellos amores fueron un delirio... una copa de vino de Champagne después de una batalla de flores.... y nada más!... Pero ahora... ¡perder á Margarita! ¡A Margarita, tan bella, tan dulce, tan inteligente, tan buena!... ¿Y por qué, por qué? ¡Por culpa de Juan! ¿Por qué había de pagar él las faltas de otro? Y quería encontrar en la conducta de Margarita algo digno de censura.... ¿Era orgullosa, con ese orgullo que suelen tener los débiles, los pobres y los humildes, y que á las veces raya en terrible insolencia; orgullo que los hace eruirse cuando se sienten heridos ó lastimados por la superioridad social de la riqueza? No. ¿Era una comedianta que por primera vez representaba dramas tirantes y patéticos? No. ¿Sería cierto lo que mi madre piensa;—se decía receloso—que estos amores, los de Margot conmigo, y los de Juan con Elena, obedecen á un calcu-

lado plan? ¡No!... y apartó de sí, enérgicamente, aquella idea satánica, y al apartarla, le pareció ver la dulce y angelical figura de su blonda prima! ¡No! ¡No!...

Y levantóse, arrojó el cigarrillo en una escupidera cercana y volvió á pasearse por las habitaciones, como abrumado por un pensamiento que le oprimía el espíritu y le envenenaba el corazón.

—Mis padres,—pensaba,—no están en lo justo.... ¡Qué idea tienen de la honradez!... ¡Y ese P. Grossi que aconseja cosas tales! ¿Qué le diré yo mañana á Margarita? ¡Eso de confesar que mis padres miran este asunto... como le miran... es atroz! Y si me dice... ¡no me lo dirá, no, pero tiene que pensarlo!, que mis padres... valen muy poco.... ¿qué haré yo? ¡No! ¡Jamás!... Escribiré.

Fuese al gabinete, y escribió esta carta:

“Margarita:

“No me esperes, porque no iré. Me falta valor para ello, y bien sabes cómo y cuánto te amo. Respeto tu resolución; pero en mí no muere la esperanza. Me amas, lo sé; me amas, y yo he puesto á tus plantas mi vida y mi alma. Día llegará en que, pasadas estas borrascas que así azotan mi dicha y entenebrecen mis sueños más hermosos, más puros y más nobles, serena tu alma y resignado tu corazón, vuelvas á aceptar un afecto que

"hoy se ve inmolado en aras de tu decoro
 "y de tus sentimientos, cruda é infame-
 "mente heridos. ¡Tienes razón, mucha ra-
 "zón! Pero yo la tengo también para que
 "jarme de mi fatal destino. Margarita mía:
 "en mí no morirán ni el amor ni la espe-
 "ranza. Tú me enseñaste á levantar mi
 "espíritu á muy altas regiones, á esas re-
 "giones por las cuales me has llevado en
 "alas de tu fe. Resignado pero triste, con-
 "fiaré en Dios. Para estas luchas; para es-
 "tos combates de la vida, tú me has dado
 "fuerzas; tú has robustecido mi corazón.
 "¡Qué triste y dura es la vida! Pero yo me
 "acuerdo de aquellas palabras de Mad.
 "Craven, escritas de tu mano en una tar-
 "jetilla que llevo en mi cartera:

"La vida no puede ser nunca enteramen-
 "te feliz, porque no es el cielo; ni ente-
 "ramente desgraciada, porque no es más
 "que el camino que al cielo nos conduce."
 "¡Gracias, Margarita mía!

"Pasarán años y años, y viviré para
 "amarte, y procuraré siempre ser digno
 "de tí.

ALFONSO."

En otro pliego escribió lo que sigue:

"Hablé con mis padres. Larga y penosa
 fué la conferencia. ¡A qué contarte porme-
 nores! ¡Cómo he padecido! Mi padre me
 autoriza para decir á ustedes que Elena
 gozará, desde hoy, de una pensión vitali-

cia. Yo he sido el primero en desaprobareste ofrecimiento!"

Al pie trazó una rúbrica.

Luego dobló la carta, plieguito á plieguito, la metió en un sobre, le pegó, púsole el sobrescrito, y tiró la pluma.

Falto de sueño, se tendió en el sofá, y allí, luchando inútilmente, sin lograr unos cuantos minutos de reposo, revolviéndose á cada rato sobre los cojines, ansiando que amaneciera, pasó largas horas de insomnio penosísimo. Sintió frío, se levantó en busca de abrigo, trajo una manta zamorana, se envolvió en ella, y se acurrucó en una poltrona.

Rayaba la aurora. La campana de la Profesa llamaba á misa, y á misa llamaban las cien iglesias de la populosa ciudad, que, despierta ya, dejaba oír, desperezándose, sus mil ruidos y voces matinales: paso de coches, clamor de tranvías, el rodar pesado y torpe de las carretas trajinantes, silbidos de locomotoras...

—¡Ya es de día!—exclamó Alfonso, pensando que no había oído el toque de alba, tan solemne y majestuoso, en la soberbia catedral. Dejó la poltrona, y abrió el balcón, por el cual entraron en la estancia, oleadas de aire fresco, y las claridades purpúreas de un espléndido crepúsculo. En ese instante se apagó la luz eléctrica. La bujía de la mesa de noche flameaba mortecina.



LXXXIX

A las seis de la tarde recibió Margarita la carta de su primo. Contestóla inmediatamente, y así decía:

“Te repito lo que ayer oíste de mis labios: te amo con toda mi alma; pero nuestra felicidad es un imposible!

“Bien sabe Dios que era tu cariño la realización de mis sueños. Estimo tu afecto y agradezco los propósitos nobilísimos de tu amor. Seré fiel á tu afecto y á tu memoria. Ellos serán para mí alivio y consuelo, el único rayo de alegría en mis horas de tristeza.

“¿Me dices que en tí no ha muerto ni morirá la esperanza? ¿Quién penetra los arcanos de lo porvenir? ¿Quién adivina

“sus misterios? ¿Quién pudo pensar, hace
“pocos meses, cuando la dicha nos son-
“reía, que la maldad y la infamia viniesen á
“entenebrece el cielo límpido de nuestro
“amor? ¿Te acuerdas de lo que conversa-
“mos aquella tarde, en el balcón, cuando
“te dí la tarjetita con las palabras de Mad.
“Craven? ¿Qué de cosas me decía mi co-
“razón, présago de infortunios!

“¡Dichosa de mí si he conseguido que
“ames la vida! ¡Dichosa mil veces, si he
“sabido despertar en tu alma tan nobles
“anhelos! Confiar y esperar. ¡Es tan breve
“la vida!”

“Dos días después, á eso de las nueve,
trajo el cartero varias cartas: dos para Pa-
blo, en las cuales varios amigos de Plu-
viosilla le hablaban de la fuga de Coneha;
otra de las Pradilla para doña Dolores,
quienes le hacían varios encargos: telas,
cintas, y una medicina; otra del P. Anti-
celli, para Margot.

Tomó ésta su carta, y se fué al jardín-
cito. Allí, cerca de una tapia, bajo las enre-
daderas polvorosas, sentada en el banco
rústico, se impuso la joven de la letra del
jesuíta.

“Apresúrome, conforme á tus deseos, á
“contestar tu carta. ¡Sea todo por Dios,
“hijita mía! Te compadezco con toda mi
“alma, y te he encomendado vivamente al
“Sagrado Corazón de Jesús,” que es fuente

“inexhausta de fortaleza y de consuelo.
“Dios, en sus altos designios, acaso en su
“infinita y misteriosa misericordia, prueba
“así á sus elegidos, y depura y acrisola las
“almas al fuego del dolor. Sepamos dar-
“nos cuenta de que no se mueve la hoja
“del árbol sin la divina voluntad.”

“Todo esto que me cuentas me lo temía
“yo, y recuerda las insinuaciones que yo
“hice á Dolores el día que vinieron uste-
“des á decirme adiós. No sólo insinuacio-
“nes, sino recomendaciones también. En
“alguna de mis cartas volví á tratar del
“asunto.

“A tu consulta debo contestar: que el
“caso es gravísimo, y que Elena es quien
“debe resolverle atenta á las circunstan-
“cias, y de acuerdo con los preceptos divi-
“nos. Élla, ella, es quien debe decidir. Cier-
“tamente que la felicidad de ese matrimo-
“nio no es probable. Oigan humildemente
“la opinión de Dolores, y después deci-
“dan, pero sin vacilaciones ni debilidades,
“con brío y fortaleza de buenos católicos.
“Es cosa imposible, así me lo parece (y
“tú palparás las dificultades) ocultar á Do-
“lores tamaña desgracia. Opino que, con
“prudencia y tino, cosas que á tí no te fal-
“tan, debes enterarla de todo. Cuida de que
“Pablo, que es algo belicoso, no haga ton-
“terías.

“Pon el asunto en manos de Nuestro Se-

“ñor, é implora la intercesión de la Santísima Virgen. Ellos acudirán en auxilio vuestro si los invocáis con un corazón sincero, libre de odio y de rencores. Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Sea cual fuere el resultado, no dejéis de ser dignos, y compasivos, y piadosos, con la cieguita, á quien saludarás de parte mía muy cariñosamente.

“Saluda también á Dolores y á tus hermanas.

“A tus oraciones se encomienda este pobre anciano que pronto comparecerá ante el supremo tribunal de Dios.”

P. ANTICELLI. S. J.



XC

Margarita se pasó la noche meditando en lo que debía hacer al siguiente día.

¿Cómo preparar el ánimo de doña Dolores? ¿Qué haría para serenar el de Pablo, que era de tan irascible carácter? La señora recibiría la tremenda noticia con entereza, como que le sobraban en casos supremos aplomo y energía... ¡Pero... después! ¡Aquella desgracia iba á quebrantar su salud, hasta entonces completa, y pena tan honda, más tarde ó más temprano le costaría la vida. Pablo, de ordinario blando y sereno, tenía en ciertos momentos unos arranques de cólera que causaban miedo. Por eso Margarita no le contrariaba nunca, ni le exasperaba, lo

cual siempre le dió magníficos resultados. Así lo hizo, meses antes, para separarle de la mala compañía de Juan, que le iba siendo nociva, más que nociva, perniciosa. Ella, con dulzura y cariño, conseguía todo de sus hermanos. Ramón era caprichoso, pero no persistía en sus caprichos. Pablo era arrebatado, pero no contrariándole, á poco, tan luego como reflexionaba un punto, parecía de miel. Y aquello no podía ser diferido, ni era conveniente dejarlo para más tarde. ¿Qué se conseguiría con ello? ¿Nada! Días más, días menos... llegaría el momento de decirlo todo, pues, como decía el cariñoso P. Anticelli, no sería posible ocultarlo á doña Dolores. Además: Elena necesitaba de cuidados.... ¿Dejarlo para más tarde? Había en hacerlo mil peligros... "Y yo necesito del auxilio de Pablo,—pensaba Margarita,— porque sin él no podría yo hacer nada..."

La blonda señorita daba vueltas en su lecho presa del insomnio, oyendo la respiración tranquila é igual de Elena, que dormía en el otro lado de la alcoba....

Margot suspiraba por el nuevo día.... ¿Cuántas veces no volvió sus ojos hacia la cerrada ventana para descubrir las vislumbres de la claridad matutina en las hendeduras de la puerta, ansiando por los rumores matutinos y por la luz del sol, tan gratos y consoladores á quienes sufren ó

padecen. ¡Qué lento iba el tiempo! Lamentaba la joven la pereza de las horas... más no tardaba en desear que aquella noche fuese eterna; como si por ello cesaran ó desaparecieran la aflicción y el pesar. La mente fatigada de Margarita, aquel pensamiento suyo tan agitado desde hacía varios días, huía de las causas que le tenían en brega, é iba refugiarse en dulces pedidas y gárrulas de los felices días.... morias, en los prados serenos de los recuerdos gratos, al borde de las aguas lim- Margarita, volviendo hacia otros tiempos, repasaba cosas y escenas de su niñez.... y la imagen de don Ramón se le aparecía risueña y afable, cariñosa y complaciente, obsequiosa y tierna. ¡Era tan bueno aquel padre! ¡Amaba tanto á los suyos! ¡La vida habría dado él por evitarles el menor disgusto! ¡Quería tanto á Elena, tanto, particularmente desde que cegó la pobre niña! ¡Qué dolor tan grande para él, si viviera y llegara á enterarse de aquel infortunio, de aquella deshonra; si supiese de aquella mancha caída en un nombre tan limpio!

Ardíanle las sienes á Margarita, y á cada rato volvía las almohadas, en busca de la frescura que se prometía hallar en los lienzos.... Hallaba consuelo, y entonces pensaba en Alfonso, en el inteligente y buen muchacho que tanto la que-

ría, á cuyo lado habría sido ella tan feliz! Si, si, porque eran dos almas gemelas, idénticas, criadas la una para la otra.

Por fin sueño piadoso vino á adornar-
cerla...

Muy tempranito estaba en pie. Se vistió y se dispuso para ir á misa. Antes de salir, sin acabar de componerse el manto, entró en la alcoba de sus hermanos y llamó á Pablo. El mozo se despertó impaciente y contrariado.

—¿Qué quieres?—contestó desperezándose y revolviéndose entre las ropas.

—Me voy á misa...

—¡Oyela por mí!

—Me voy á misa... Levántate y ve á buscarme á la Parroquia... Necesito hablar contigo largamente... pero no aquí... Donde estemos solos, donde nadie pueda escucharnos.

—¿De qué se trata?

—¡Ya lo sabrás!

Y mientras la joven salía, Pablo se incorporó sobre las almohadas, hizo un esfuerzo y se sentó al borde la cama.

Cuando terminó la misa, ya estaba Pablo en espera de su hermana.

—Vamos,—dijo ésta, apoyándose en el brazo de Pablo,—vamos á la Alameda... Allí hablaremos... Es muy grave lo que vas á oír...

Margarita se mostraba serena, tran-

quila, en cierto modo indiferente al asunto, como alardeando de entereza.

Fresco vientecillo movía las copas de los fresnos, y en toda la arboleda los gorriones regocijados cantaban la plácida sinfonía primaveral. El aire olía á rosas.

Quien hubiera seguido de cerca á los hermanos, habría podido darse cuenta, por los movimientos del mancebo de la impresión que le causaban las palabras de Margot. Primero de curiosidad vivamente azuzada; luego de sorpresa cuando levantó las manos, abiertas las palmas; en seguida de espanto cuando las dejó caer; de cólera cuando se echó el sombrero hacia arriba; de rabia, al dar un paso atrás, cerrando los puños, como si tuviera sendos revólveres; de impotencia cuando crispando los dedos torció los brazos;... y, por último, de preocupación, de pena, de profundo y cruel dolor, ó de impotencia desesperante, cuando buscó un asiento á la vera de la calle menos transitada.

Margarita se mostraba impassible, estoica, minuciosa, al referir el drama. ¡Qué dulzura, qué cariño! ¡Cuántas veces posó su manecita enguantada en el hombro de Pablo! ¡Cuántas veces le acarició el rostro con cariño de madre mimosilla!

Hablaron allí durante dos horas. Algo preguntó la joven con insistencia definitiva, porque Pablo se levantó, haciendo

una señal de asentimiento, y ambos tomaron el camino de su casa....

Los esperaban para desayunarse. Ramoncillo, listo para irse á la Ermita había dejado encima de una silla el libro y el sombrero; doña Dolores, sentada á la mesa, charlaba con el chico risueña y afable; Elena permanecía en su alcoba. Había pretextado tener sueño.

—¡Déjenla dormir! ¡Pobrecilla!—dijo la madre.

El desayuno fué triste. Nadie hablaba. Margarita procuraba animar á todos, pero le era imposible tejer conversación. Pablo á duras penas pasaba bocado.

Cuando doña Dolores acabó de desayunarse, Pablo consultó su muestra, y dirigiéndose á su hermano, díjole, dando un castañetazo:

—Te quedan tres minutos para tomar el tránvia!... ¡Largo! ¡A la escuela!

El mocito se levantó, respetuoso como siempre á las órdenes de su hermano, se despidió de Margarita y de Pablo, besó á doña Dolores en la frente, y se fué.

—Mamá:—dijo Pablo, en tono zalamero y acariciador—vamos á la sala. Margarita y yo tenemos que decirte unas cosas....

Y acariciando á la dama, llevóla por el corredor. Desde allí gritó con acento afectuoso:

—Margot... ¡te esperamos!

—¡Voy allá!—respondió la blonda señorita.

—Filomena—dijo ésta á la criada, en tono urgente.—¡Llegó el momento temido! Vete al lado de Lena... No te separes de allí, y no la dejes ir á la sala!

